

PREÁMBULO

Estimado lector o lectora: Debo contarte, que...

I

Los restos óseos, atribuidos a Hitler, son diez dientes anclados en tres trozos de huesos mandibulares. Son los únicos restos reputados como suyos, después de efectuar la prueba del ADN a los huesos craneales, encontrados en el mismo lugar en que había aparecido el cadáver un año antes. Resultó que éstos pertenecían a una mujer, por lo que, ipso facto, quedó claro que no eran de Hitler, pues si algo hay absolutamente indiscutible es que Hitler no era una mujer. Por tanto, no hace falta contrastar el ADN resultante con el de ningún pariente cercano, para declarar la falsedad de esos huesos.

Se ha asegurado hasta la saciedad que esos dientes prueban indiscutiblemente que el cadáver, en el que se encontraban, era el de Hitler. Si se hiciera la prueba de ADN a esos trece huesos, ¿pertenecerían todos a un mismo individuo? ¿Cuántos ADNs distintos habrá? ¿Alguno de ellos será de mujer?

Si, al leer este libro, alguien se hace estas preguntas, hay que responderle con el sexto verso del Canto III que Dante coloca a la entrada del Infierno en la Divina Comedia: *Lasciate ogni speranza, voi che entrate*. Si buscáis esas respuestas, abandonad toda esperanza los que entráis a leer este libro, porque ni los especialistas que han colaborado conmigo ni yo podemos responderlas con certeza. Eso únicamente lo establece la prueba de ADN, que ninguno de nosotros puede hacer. Solo puede hacerla el gobierno ruso, que guarda esos dientes como si de auténticas, —inatacables e intocables— reliquias de Hitler se tratara.

Los únicos que pueden dilucidar el dilema son los rusos, que son los que pueden hacer el ADN de esos trece huesos.

¿Cuándo lo harán? ¿Viviré yo, viejo y achacoso como estoy,

para entonces? Porque algún día, no lo dudes, harán la prueba — si es que no la han hecho ya— y ¿cuántos ADNs distintos encontrarán? Me moriré sin saberlo, pero yo sigo y seguiré pensando que, sin duda, más de uno y menos de trece. Habiendo más de uno, es suficiente para demostrar que son falsos.

Por motivos personales, donaré a Cáritas un veinticinco por ciento de los ingresos netos que la publicación de este libro pueda producirme, pero estoy tan seguro de lo que digo, que yo, Valeriano de la Cruz Mañanes, me comprometo ante todos los lectores de este libro a entregar otro veinticinco por ciento a la Cruz Roja, si esos huesos pertenecen a un único propietario y, si, efectuadas con todo rigor las pruebas de ADN, se demuestra que esos huesos son de Hitler, entregaré el resto de mis beneficios económicos a la entidad filantrópica que designe el gobierno ruso, porque, aunque haya dedicado a este estudio siete años —2.500 días—, no quiero un solo euro, fruto de una milonga como esa.

II

Me hubiera gustado dedicar este libro al misionero, aunque sabía que jamás lo aceptaría, porque siempre deseó un anonimato total. Fue a él a quien primero enseñé el escrito, ya concluido.

Después de él, con quienes más obligado estoy es con los tres especialistas que me han horado con su firma. He tenido la inimaginable ventura de que ellos colaboraran en este estudio. Por ello, de forma muy especial os lo dedico a vosotros: José Luis, Enrique y José Manuel, por vuestra valentía al pronunciaros sobre lo que habéis leído y escuchado: no importa que discrepemos en algún punto o que, lógicamente, no gritéis tan fuerte como lo hago yo.

Amable lector o lectora: cuando llegues al final de la tercera parte, podrás leer la magnífica colaboración del Dr. José Luis Prieto, médico odontólogo forense, especialista en antropología. Verás que él cree que el cadáver lo falsifican los alemanes, mientras que yo creo que lo prepararon los rusos. El piensa así porque la única posibilidad de que esos trece huesos pertenezcan a un solo sujeto es que los alemanes, a lo largo del tiempo que hubiera hecho falta, hubiesen preparado un individuo con unas prótesis idénticas a las de Hitler, porque parece imposible que en seis días los rusos hubieran podido llevar a término esa falsificación. Esto

me estimuló a seguir investigando y encontré la solución satisfactoria para ambos, que verás cuando lleguemos a ese punto.

Aunque los resultados sean tan intrínsecamente verdaderos con sus dictámenes como sin ellos, deseo destacar que si se logra derribar la gran mentira oficial, repetida incansablemente por quienes desprecian olímpicamente todas las pruebas acumuladas en su contra desde hace casi setenta años, se vendrá abajo, cual muro de Jericó, más por la potencia de sus trompetas que por mis gritos.

Quiero recordar con agradecimiento a quienes me han señalado el camino. Puedes ver su nombre —y, siempre que he podido, con su imagen— en p. 230.1 y en marcapáginas. Y, como es de bien nacidos ser agradecidos, deseo dar las gracias a los que me han echado una mano puntualmente para concluir este trabajo. Sus nombres aparecen casi siempre en el libro o en sus notas. Aquí destaco únicamente a Luis Cuesta Gordillo, jefe de estudios cuando yo fui director del Instituto en el que enseñábamos Inglés él y yo, Filosofía: me ha ayudado en algunas traducciones del inglés y en cuestiones informáticas, en las que también me ha auxiliado Jesús Gómez Rodes, Ingeniero Informático Superior.

Gracias también a ti, por tu confianza para comenzar a leerme. Si, cuando concluyas este libro, crees que tengo razón, únete a mis gritos —y, si fueras facultativo, une tu trompeta a la de tus tres colegas que han colaborado conmigo— hasta que logremos echar abajo esta descomunal mentira, que nos hace menos libres, recordando lo que dice Cervantes con otro motivo y contexto muy distintos: "Sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen..."

No quiero censurar los motivos que pudieran tener los ejércitos Aliados y gran parte del Ejército Rojo para engañarnos, pero lo hicieron, y voy a acogerme a los términos empleados por Cervantes para decir que, aunque esos engaños pudieran ser 'honrosos y provechosos' en aquellos momentos, se han 'dilatado y entretenido' setenta años, que son demasiados para que no pueda calificarse, sin paliativos, de auténtica traición a la verdad histórica y no se puede decir de ellos lo que Cervantes pone en boca de don Manuel de Sosa Coitiño respecto de su amada Leonora —"ella había elegido lo mejor"—, dicho lo cual, "dando un gran suspiro, se le salió el alma y dio consigo en el suelo" (1).

Ciertamente, no eligieron lo mejor y podían haberlo hecho.

III

La persona que me esté leyendo podrá ver que en la nota correspondiente resumo el capítulo completo de Cervantes y, por ser la primera cita, la coloco completa al acabar el Preámbulo sin desplazarla a internet. Esto, además de permitirme ser cortés con quien comienza a leerme, me da pie para abordar la cuestión de las citas.

Debió ser cuando estudiaba el problema de las cuentas bancarias de Hitler. Tecleé en Google “Banking with Hitler” y aparecieron 10.300.000 resultados. He vuelto a teclearlo a las 4:50 de la mañana del 19 de julio de 2014 y me han aparecido 3.450.000, quizás porque ya han entrado en vigor algunas normas respecto a la propiedad intelectual. Con ello se acredita que la bibliografía sobre Hitler es inabarcable. Pese a ello, con demasiada frecuencia te topas con obras que omiten las referencias bibliográficas y las fuentes de las no se qué milésimas partes de bibliografía que, entre todas las obras existentes, uno puede utilizar. Escribir sobre Hitler sin citar las fuentes, por muy generalizada que esté esa práctica, es como tocar el violón con los pies. Hasta el mismo juez Michael A. Musmanno nos dice en el prefacio de *Diez Días para Morir* que omite todas las notas que distraigan el “interés y entusiasmo narrativos”. No quiere entorpecer la narración, interrumpiéndola para remitir al autor y al lugar en que lo dijo, privando a los lectores de la posibilidad de verificar lo recogido en las notas. Es indudable que un relato sin referencias bibliográficas no es tan pesado como otro que ofrezca la oportunidad de cotejar las fuentes, pero si quieres estudiar un hecho histórico —sobre todo si es tan controvertido como el final de Hitler— no queda más remedio, si se quiere tratar con seriedad y no convertirlo en una novela, que fundamentar lo que dices, remitiendo a las fuentes, ya que, si no, citarás de memoria y con frecuencia se traicionará el sentido de los datos y de las frases originales.

Si te acostumbras a citar de memoria, aunque tengas una retentiva prodigiosa, que no es mi caso y menos ahora, terminas por tocar de oído, acomodando la referencia a lo que uno desea probar. Un ejemplo muy claro es el de Robert* con Speer, como ex-

pongo al estudiar su obra, o el de varios autores argentinos que atribuyen a Hanna Reitsch* haber sacado a Hitler de Berlín en base a su frase “¿Acaso no sería posible que llevara a Hitler a un lejano escondite?”, sin tener en cuenta el contexto, ya que depende de “Sobre mis últimos vuelos se construyeron leyendas”, con lo que se debería concluir que está diciendo que eso era una leyenda.

Cuando Indro Montanelli escribe su *Historia de Roma* en 1957, o su *Historia de los Griegos*, en 1959, o cuando Isaac Asimov publica su *Introducción a la Ciencia* no necesitan incorporar 'aparato crítico', porque exponen con mucho atractivo contenidos de historia o de la ciencia comúnmente admitidos. Yo no tengo la gracia ni el saber de Montanelli y Asimov y, además, los resultados de mi estudio van en contra de la opinión de la inmensa mayoría y, pese a ello, he querido que resulte inteligible y atractivo para ellos, porque esa es la única posibilidad de cambiar una opinión tan generalizada. Tal vez haya ambicionado cuadrar el círculo, intentando convencer a tirios y troyanos, pero me he esforzado en ofrecer las fuentes, citar textualmente y cumplir los requisitos exigidos por los especialistas, tratando de solventar el problema de la molestia para los lectores no especializados. Para ello me he servido de dos tipos de referencias bibliográficas. En primer lugar: la bibliografía que recojo al final no es un elenco de obras publicadas, sino de obras citadas en la exposición de este estudio. Cada vez que cito una obra, el apellido del autor aparece acompañado de un pequeño asterisco, que indica al lector que, si quiere, puede acudir a la 'Bibliografía citada' y allí, en el susodicho apellido, encontrará la obra referenciada y, por debajo de ella, se recogerá la página desde donde se le remite y a su lado, en letra bastardilla, la página de la obra citada. En cambio, en las notas de internet con frecuencia cito la obra al modo tradicional, puesto que, a quien acude a internet para leer el correspondiente comentario, se le supone dispuesto a recibir allí mismo las referencias completas, sin tener que retornar al libro e ir a la bibliografía citada.

En segundo lugar están las notas habituales: un número pequeño entre paréntesis que envía a las anotaciones del final de cada capítulo, desde donde se remite a ese mismo número de página en internet. Las notas completas ocupaban más de la tercera parte de la obra. Indudablemente, eran demasiadas notas y demasiado extensas para quien no estuviera interesado en ellas. Por ello, sobre

todo para las que rebasan un par de líneas, he indicado en ellas la idea principal y quien las desee ver, teclea en la página web ese número de página y allí se encontrará. He hecho alguna excepción, reproduciendo la nota completa al final del capítulo, cuando la considero dotada, por lo que sea, de un interés especial. En principio, no debe tener complicación alguna para quien desee examinar notas o verificar citas de entre el millar y medio recogidas y, de esa manera, el libro mantendrá unas dimensiones manejables con el consiguiente ahorro de papel y de costes.

Este sistema tiene un pequeño inconveniente: hay que repetir el apellido de los autores con mucha frecuencia y pueden ser reiterativas expresiones tales 'como dice fulano' o 'según mengano'. Es un peaje ineludible y, ¡qué lo vamos a hacer!, hay que pagarlo.

IV

La parte segunda es una extensa historiografía, donde he recogido las obras que han marcado la doctrina oficial, citando con menor relevancia otras muchas de entre las que se han limitado a repetirla acríticamente, pero, sobre todo, recojo y estudio aquellas obras que no han tenido acogida en los autores que sustentan la doctrina oficial. He recogido en esa historiografía casi todos los escritos heterodoxos que he podido hallar, no porque opinen como yo, sino porque, por desgracia, en las bibliografías que siguen incondicionalmente la doctrina tradicional, no las citan. Ni siquiera un autor tan serio como Ian Kersaw, que incorpora siempre abundante bibliografía (39 páginas en la biografía de Hitler en los dos gruesos tomos), cita a Mansfield, a Egros, a Szabó... No me parece aceptable el procedimiento de ignorar al adversario, porque difícilmente se puede formar una opinión sólida sobre nada, si no se conoce lo que dicen aquellos que opinan de forma diferente. Y la verdad histórica es más asequible si se aborda desde distintas perspectivas que diría Ortega. La inmensa mayoría, siguiendo la pauta trazada por Trevor-Roper, los ignoran por completo: como si no hubieran existido. Es increíble, pero es así: una inmensa mayoría de autores han aceptado acríticamente lo dicho por quien, partiendo de considerar la aparición del cadáver un condicionante esencial para afirmar la muerte de alguien, (es decir, que no se puede probar que haya muerto nadie, si no ha apare-

cido el cadáver), no solo hace afirmaciones absolutamente categóricas, considerando innecesario el que no se haya encontrado el cadáver ni ningún resto de cremación, sino que, además, niega radicalmente que puedan tener alguna validez las afirmaciones contrarias a la suya.

Esto es tan grave que la primera dificultad con que te topas es que no sabes qué buscar ni dónde, qué estudiar ni qué se ha podido sostener a lo largo de setenta años, salvo la doctrina oficial y los tan cacareados avistamientos de Hitler en las circunstancias más inimaginables.

Para colmo, cuando quieres llegar a las fuentes (declaraciones, documentos, etc.), te niegan hasta la sentencia del tribunal de Berchtesgaden o comparencias televisivas como la de Giesing, así que como para poder acceder a las declaraciones de los testigos. Es deprimente tener que pordiosear algo que te es necesario para poder proseguir tu investigación, sea a archivos oficiales —como las declaraciones del Dr. Blaschke que sirvieron de base a la sección militar del capitán Malcolm S. Hilty para elaborar los ocho folios de *Hitler's Teeth*—, sea a empresas privadas, como han sido las imágenes de los dientes de la National Geographic, o la fotografía de la posible radiografía lateral izquierda de entre las quince que subastó Alexander Auctions, fotografía que te hubieran servido en bandeja, si la hubieras solicitado antes de subastarse con ánimo de licitar en la puja. En los puntos pertinentes aludo a algunas ejemplares gestiones de personas amigas e, incluso, de un departamento de la Biblioteca Nacional, que resultaron completamente estériles, porque te estrellas contra un muro. Yo personalmente he sufrido voces —voces alemanas— en dos ocasiones, recriminándome por estudiar este asunto, como si se tratara de algo nefando. En fin: intentar el conocimiento de la verdad en este asunto, es desalentador. Pero ¿por qué tendrán que poner tantas pegas, si no hay nada que ocultar...?

Así que la parte más extensa es la parte historiográfica, sobre todo si se cuentan los fragmentos pasados a internet. En ella estudio las obras más importantes que han configurado la doctrina oficial y, junto a ellas, expongo las que yo he localizado —seguramente existieron otras muchas—, que apoyan mi tesis de que Hitler no murió el 30 de abril de 1945, sino que se escapó. Y, como son tantas y tienes que citarlas en muchas ocasiones, es inevitable que se produzcan repeticiones, independientemente de que,

además, uno tienda a insistir por hábito docente.

Quiero pedir, pues, disculpas por las repeticiones innecesarias, aunque también quiero dejar constancia de que algunas veces uno vuelve a caer en la tentación de insistir en algunos puntos, precisamente porque, pese a que se han repetido muchas veces, se sigue dando por válido lo contrario, como ocurre con las radiografías dentales de Hitler, que resulta difícil hacer entender que una de las cosas más ciertas que se pueden afirmar sobre todo lo relativo a Hitler, es que esas radiografías no se embarcaron en el avión que se estrelló el 22-23 de abril, sino que las encontraron en la clínica de la Cancillería Frau Heusermann, Rzhevskaja y el coronel Gorbushin o que Mengershausen no llevaba prismáticos para reconocer el cadáver de Hitler por el bigote a 60 metros de distancia, resaltando que, con tanta madera de por medio, ese reconocimiento era prácticamente imposible incluso con ellos.

En los resúmenes de los libros localizados, no se reproducen literalmente más que las frases entrecomilladas. El resto ha sido elaborado, intentando mantener fielmente lo que es relevante para nuestro relato, pero sin suprimir nada que pueda ir en contra de mis tesis. Es decir, sin mutilar el documento en ninguna parte, por adversa que me pueda resultar. Porque si no tengo en cuenta los documentos que estén en contra —es decir, si los ignoro olímpicamente o si los cito mutilando lo que no me conviene—, o muy inútil soy o hago decir a ese documento lo que yo quiera. El ejemplo clásico, ya se sabe, es el salmo 13 en que se dice “Dijo el necio en su corazón: No hay Dios”. Si suprimo la primera parte, logro que la Biblia diga que Dios no existe, lo cual es el mayor disparate imaginable.

Estaba acostumbrado por mis clases de Historia de la Filosofía a resumir lo fundamental de lo que habían dicho los filósofos. Ninguno se quejaría de que un profesor expusiera su pensamiento lo más honestamente que pudiera, porque, de lo contrario, a ver cómo iba a ser conocido Hegel, si no es fácil entender una página suya entera. Así que creo que si Mansfield, Egros o cualquier otro de los que he recuperado levantaran la cabeza, tampoco se quejarían de cómo los he tratado.

No pretendo enjuiciar las razones por las que se eligió equivocadamente la opción del suicidio de Hitler. Es posible que creyeran que así, tal vez, se evitaría el culto al líder del nacionalsocialismo, aunque dudo que consiguieran esa finalidad. Solo deseo decir que no fue la única ocultación de la verdad. Cuando yo tuve el vislumbre de un testigo 'presencial' fue en una noche del verano de 1968, en una conversación con el futuro 'misionero', con motivo de las entonces recientes informaciones que se iban conociendo acerca de los campos de concentración, sobre los que hasta aquel tiempo se sabía muy poco. ¿Por qué se ocultó entonces todo lo que se ha sabido después sobre tantos sufrimientos y tantas muertes en esos lugares tan terribles...?

Añado un ejemplo reciente y con él cierro este punto. En *Muy Historia* nº 45 de enero de 2013, p. 8, se dice que “los japoneses practicaron canibalismo con prisioneros aliados”. Y se pregunta: “¿Por qué los aliados no hicieron pública esta atrocidad?”, contestando Antony Beevor: “Las autoridades aliadas pensaron que esa información podía trastornar a las familias de los soldados que murieron en los campos de prisioneros japoneses. Por eso, el canibalismo no formó parte de los delitos que se juzgaron en el Tribunal de Guerra de Tokio en 1946. Este aspecto siniestro de la guerra fue descubierto por jóvenes historiadores japoneses en archivos americanos hace unos dos años. Durante casi setenta años fue un secreto bien guardado. Los testimonios indican que el canibalismo fue una estrategia militar sistemática y organizada. La práctica de tratar a los prisioneros aliados como ganado humano fue dirigida por oficiales y se produjo en las guarniciones del Pacífico que se quedaron sin suministros debido al bloqueo de la Marina estadounidense.” Y en la p. 33 se añade: “Los primeros informes sobre el exterminio llegan a Occidente ya en 1942, a través del espionaje o de huidos. Pero, sorprendentemente, son mantenidos en secreto por los gobiernos de los aliados, o no se tienen demasiado en cuenta. Además, algunos dirigentes occidentales no son demasiado simpatizantes de los judíos”.

Sencillamente, destaco que en un determinado momento se toma una decisión de difícil justificación ética, pero después se corrige y, aunque tarde, se logra saber la verdad. ¿Por qué se sigue

ocultando la verdad sobre lo ocurrido con Hitler? En la URSS hay una cierta explicación, pero en Estados Unidos y en Gran Bretaña, ¿por qué sigue prevaleciendo la opción tomada por un Presidente recién estrenado y la acelerada decisión adoptada por el gobierno británico, respectivamente?

Por primera vez, que yo sepa, han coincidido en vendernos la misma historia —la historia oficial— los protagonistas y los relatores de la misma, a quienes se sigue llamando historiadores. Y casi todos —la mayor parte de ellos, aunque no los que mejor conocían los hechos, como eran Eisenhower y Stalin, Heimlich y Zhúkov, etc.— los rusos, los británicos, los americanos han contribuido a mantenerla durante setenta años.

VI

Varias veces se me ha sugerido añadir un elenco biográfico en atención a aquellas personas que no conozcan a fondo los avatares de los últimos días y sus personajes. He desistido de hacerlo, porque el libro se pasaba de hojas y no quería convertirme en el 'Tostado'. En español hay algunos diccionarios muy dignos, que cito en la bibliografía y es de justicia reconocer la extraordinaria valía de Wikipedia. Esta se ha convertido en una herramienta de consulta imprescindible en nuestro tiempo. Recoge innumerables biografías, muchas de las cuales no se acopian en los diccionarios al uso. Por ejemplo, tiene abundante vocabulario nazi en "Glossary_of_Nazi_Germany" con una lista final de abreviaturas y acrónimos. Tiene también una "Lista de líderes y funcionarios del partido nazi, un 'glosario de términos militares de la Segunda Guerra Mundial', una lista de antiguos miembros del partido nazi, reproducciones de tanques, aviones y otras armas de combate. En Dönitz hay un breve video de las sentencias de Núremberg. No cabe duda que se ha convertido en la enciclopedia del siglo XXI. Yo reconozco su gran valía y he de decir que, aunque tenga artículos mejorables, yo la he consultado con frecuencia.

Hay que utilizar los medios técnicos a nuestro alcance. Hace veinte años no hubiera podido concluir este trabajo: no existía o no estaba generalizada la internet y, por tanto, no existían ni Iberlibro ni Amazon, para pedir libros a cualquier parte del mundo, ni los traductores de Google, ni la posibilidad de manejar la canti-

dad de información que te permite el escaneado de textos. Tampoco habría dispuesto de las magníficas imágenes de los dientes rusos que obtuvo el Dr. Benecke para la National Geographic ni habría tenido noticia de las radiografías que Alexander subastó en Estados Unidos en 2012 y 2013. Por supuesto, no habría encontrado los artículos de Mansfield, ni hubiera tenido noticia de Egres, ni del Dr. Luntz, ni de los cuatro forenses franceses, etc.

VII

No se trata de una 'excusatio non petita' que implique una 'acusatio manifesta', por que ya se me hizo en varias ocasiones la acusación sin que yo hubiera presentado antes la excusa. Se suele decir que, cuando se escribe una biografía, se produce una aproximación al biografiado, motivada por la necesidad de empatizar con el personaje para comprenderlo mejor. Quiero dejar claro que yo no he escrito ninguna biografía de Hitler, ni de Goebbels ni de nadie; que lo único que he hecho ha sido dedicar más de veinticinco mil horas de mi vida a esclarecer lo que ocurrió en esos días: un engaño sin precedentes en la historia de la humanidad.

No voy a seguir la estela de Machtan* quien, para justificar el estudio que ha hecho sobre la posible homosexualidad de Hitler, afirma en el prólogo que "Hitler es el mayor criminal político de los tiempos modernos y precisamente por eso debería interesar al gran público conocer su vida privada". Es una justificación que puede ser atacada desde los más diversos ángulos, siendo manifiestamente mejorable.

Yo no justificaré los años que he dedicado a estudiar las falsas pruebas del suicidio de Hitler el 30 de abril de 1945, porque este fuera la mayor encarnación del mal o, simplemente, una de las encarnaciones del mal, sino porque ha sido una falsificación hecha a conciencia y aceptada hasta convertirla en un dogma histórico, porque así convenía. Y, si alguien me quiere descalificar, que lo haga con razones de peso y no, por ejemplo, porque no soy licenciado en Historia o porque fui cura. Efectivamente, las dos cosas son ciertas. Fui sacerdote durante cinco años en una de las zonas mineras de León y me siento y siempre me he sentido muy orgulloso de esos cinco años de mi vida. Creo que trabajé con entrega al servicio de mis feligreses mineros. Llegué a estar amenazado

de muerte —no fui el único del grupo— y el propio obispo, que era diputado en Cortes, asesor de Franco y tío carnal de Miguel Hernández, me enviaba la guardia civil y la policía secreta para investigarme y controlar mis homilias, siendo 'sometido al Tribunal de Orden Público', por publicar una hoja parroquial 'clandestina', aunque se distribuyera los domingos antes de misa.

Cuando decidí secularizarme, renuncié a mi nómina y sobreviví, dando clases, ya que figuraba en una lista negra, que te impedía encontrar trabajo, pese a lo cual, jamás lo oculté. Fui cinco años comercial en una editorial de libros de texto, tratando de convencer al profesorado de que esos libros eran muy buenos y, trabajando, preparé en tres meses la oposición de Agregado de Filosofía y la saqué, quedando algo más arriba de la mitad en la lista de los aprobados. Estudié con beca de la Diputación en el seminario de León y fui compañero de curso del poeta Ángel Fierro; de Alfonso Martínez Díez, catedrático de Griego y eminente helenista; de José Antonio Fernández Flórez, catedrático de Paleografía; varios años, fui compañero de pupitre del catedrático y poeta Agustín Delgado. Entre los que han seguido siendo sacerdotes hay y ha habido varios de gran talla en distintos campos. Como fácilmente me olvidaría de alguno, cito solo a dos, ya fallecidos: Raimundo Fernández, excepcional abogado laboralista, y Tomás Villacorta, la mente más preclara que he conocido, junto con la de mis profesores D. Antonio G. de Lama y D. José María Conejo Azcona, también secularizado.

VIII

Deseo dedicar unas líneas a H. R. Trevor-Roper, ya que el lector puede sacar la conclusión de que lo maltrato. Indudablemente, no es santo de mi devoción y con él he alcanzado el clímax de la perplejidad sobre cómo se puede construir la historia, contando lo que a uno le venga en gana. Cumplió la misión militar que le encomendaron: demostrar que Hitler se suicidó. Y hay que reconocerlo: la cumplió a rajatabla y, por cierto, con gran habilidad. Sabía mejor que nadie cómo había que presentar las cosas. Es un diablo de la historia, no en el sentido de demonio, sino en el sentido de que hizo diabluras, para imponer la tesis que convenía al Ejército Británico, logrando cambiar la historia, bien es verdad

que gracias a los apoyos que tuvo. De su obra, sólo conozco la relativa a Hitler. Por tanto, me ciño únicamente a esa parcela de su trabajo. Es un mago, un prestidigitador de la historia, hasta convertirse, dicho sea con el debido respeto, en el genio maligno que logra engañarnos, consiguiendo una adhesión propia de la fe religiosa. Yo, que no he cursado la especialidad de Historia, eludo calificarlo de historiador en esta parcela, pese a que tanta gente, incluidos especialistas tan notables como Kersaw* o la Dra. Görtemaker*, lo consideren la suprema autoridad en este tema. Lo siento, pero, en este campo, no encaja con lo que yo siempre he entendido por Historia. Habría que repetir lo dicho por Cervantes: tampoco él eligió lo mejor. Solo resta preguntar si podía haberlo hecho...

—I— Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro I, c. X. Se debería leer el capítulo completo de Cervantes, pero, dada la premura que solemos tener, sitúo en su contexto la cita. El portugués Manuel de Sosa Coitiño "noble en sangre, rico en los bienes de fortuna y no pobre en los de naturaleza" se enamoró perdidamente de su vecina Leonora, "la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura, era la deseada de todos los mejores del reino de Portugal". Pide su mano y "la respuesta que trujo" su padre fue que "aún no estaba en edad de casarse; que dejase pasar dos años", justo los que Sosa Coitiño emplea en cumplir la misión que su rey le confía, al enviarlo como "capitán general de las fuerzas que tiene en Berbería". Regresa y le comunican que "para un domingo venidero, me entregarán a mi deseada Leonora". Su desposorio tendría lugar en "un monasterio de monjas" donde "salieron a recibirme casi toda la gente principal del reino". Leonora "pareció a todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del día". El sin par relato cervantino está lleno de imágenes insuperables para hacer racional el hecho. Leonor le dice que su padre y ella misma le dieron palabra de "que **yo no tomaría otro esposo en la tierra sino a vos**. Esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habéis visto, y yo os quiero cumplir la mía como veréis. **Y así, porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mío, soy casada, y en ninguna manera, siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro.**"

Que no se extravíe la imaginación de nadie: lo había dejado a él para hacerse monja y desposarse con Jesús, que, para los creyentes, sigue vivo. Lo que Cervantes puso en boca de Sosa Coitiño respecto de Leonora fue: "**Maria optimam partem elegit**", que no es otra que la expresión que Jesús empleó para enaltecer la actitud contemplativa de María, frente a las protestas de la activa Marta, las hermanas de Lázaro (Lc 10, 42).

¿Eligieron los ejércitos Aliados la mejor solución...? Y, aunque el dicho de que 'la guerra es la guerra' lo justifique todo, ¿hemos de seguir aceptando a perpetuidad la elección hecha o debemos buscar la verdad...?